EL DOLOR SOCIAL

ADRIANA GIL JUÁREZ

Aunque seguramente mal, me gustaría contribuir al debate que el cuento de José Luis Díaz ha generado en esta revista. Claro que el decir algo a estas alturas tiene algo de trampa, pues he podido asistir al juego de réplicas y contrarréplicas abierto a lo largo de estos últimos números. Pero siendo este un juego donde no hay vencedores ni vencidos y donde el papel de la réplica tiene más que ver con la apertura de nuevas perspectivas que con el cierre de ninguna, espero se me perdone esta demora tramposa en mi participación. En realidad, siento que mi texto tiene algo más de complementario que de contradictorio, pero aún y así me gustaría empezar con un desacuerdo radical alrededor de la relación entre *qualia* y lenguaje. Desacuerdo que utilizaré como excusa para adentrarme en un aspecto que ha sido solamente tratado de forma colateral a lo largo del debate: la parte colectiva o social que tiene todo dolor.

Retoma el autor del cuento de María, en su última intervención, el ejemplo de los colores, según el cual solamente tenemos unas pocas docenas de palabras para referirnos a los colores, mientras que somos capaces de percibir miles de tonalidades. Efectivamente, nadie en su sano juicio puede afirmar que la falta de palabras nos impida ver los colores. Bajo la sola palabra *rojo* se esconden millones de variantes que giran alrededor de una frecuencia específica del espectro de la luz visible. No solamente las vemos, sino que además las distinguimos; si nos ponen diferentes rojos enfrente, seremos perfectamente capaces de afirmar si son distintos o si se trata del mismo tono. Al menos lo haría la mayoría de nosotros con la excepción de los daltónicos, que parecen ser la viva expresión de la necesidad innegable de los fundamentos fisiológicos de cualquier proceso perceptivo. Pero necesario nunca ha sido suficiente. Un experimento imaginario que se construyera para distinguir los tonos, requeriría seguramente de algunas explicaciones importantes para sus sujetos experimentales. En primer lugar, debería explicárseles que no se trata de decir de qué color se trata ni de qué tono es, sino solamente de

Departament de Psicologia social, Universitat Autònoma de Barcelona. Edifici B, Bellaterra, Barcelona, C.P. 08193, Cataluña, España. / Adriana.Gil@uab.cat

Este texto comenta el artículo de José Luis Díaz (2002), "El dolor de María", *Ludus Vitalis* 10 (18): 149-154. Disponible en www.ludusvitalis.org/debates.

distinguir entre diferentes colores y tonos. En segundo lugar, debería aclarárseles que color y tono no son la misma cosa, que un color puede tener múltiples tonos y que un tono puede pertenecer a varios colores (como esos tonos térreos que no sabemos si son café o rojo, o esa variedad del verde que tan azul parece y que suscita numerosas discusiones matrimoniales sobre el color del mar o el de las cortinas del comedor). En tercer lugar, habría que aclarar, para su tranquilidad, que no hay respuestas correctas ni incorrectas y que todos los datos serán tratados de forma anónima. Pues bien, una vez hecho todo esto, tendremos la oportunidad de descubrir cuántos tonos puede distinguir el ojo humano y seguramente descubriremos grandes diferencias individuales. Lo que creo que se desprende de este verdadero experimento de ficción es que antes de participar en un experimento, siempre hay que socializar a los sujetos en una cultura experimental dada y que al final debe conseguirse un consenso alrededor del significado de las cosas para poder seguir adelante con el ensayo. Es decir, se requiere de un contexto social específico incluso para poder llevar a cabo un experimento tan sencillo y aparentemente tan básico como el de distinguir entre diferentes datos de nuestra percepción. Así lo han mostrado las dificultades a las que se han enfrentado tantos experimentos transculturales, cuando se han alejado lo suficiente de las sociedades occidentales modernas como para empezar a encontrar problemas de sentido. Lo fisiológico no es un dato directo, está mediado siempre por el lenguaje y el lenguaje siempre es producto de un colectivo.

Fijémonos ahora en los posibles resultados. En algunos casos de bajo nivel de distinción, sospecharemos que la persona no ha entendido nuestras instrucciones; en otros los juzgaremos mal y nos pondrá de mal humor su tozuda ceguera a unos tonos que nosotros distinguimos perfectamente; en los casos en que distingan más tonos que nosotros, los admiraremos por una capacidad de la cual no disfrutamos, o todo lo contrario, sospecharemos que nos engañan y que estamos ante el conocido efecto descrito por Orne [1], al que llamó las *características de la demanda*, es decir, la buena voluntad que muestra el sujeto para cooperar con el experimentador, hasta el punto de que intenta descubrir qué se espera de él en la situación experimental para hacerlo lo mejor posible. Por otro lado, también podemos pensar en el efecto descrito por Rosenberg [2] sobre el *temor a la evaluación* que pueden sentir los sujetos y que conduce a la aquiescencia, puesto que los sujetos buscan desesperadamente obtener una evaluación positiva. De todas formas, e independientemente de nuestra preocupación por la validez de los resultados, las diferencias entre los sujetos deberán ser interpretadas, así que mientras unos pensarán que se trata de un problema fisiológico, otros dirán que se trata de un problema de entrenamiento, ya que con aquellos sujetos instruidos en el arte de la pintura obtendremos sistemáticamente umbrales de percepción más afi-

nados. Y cuando pidamos explicaciones a tales sujetos, obtendremos justificaciones nada simples, del tipo: "ese tono es diferente porque mientras que el primero es como homogéneo, aunque salpicado de manchitas brillantes del granito de las piedras de la montaña de Montserrat, el segundo es más bien como el color del mar en un día nublado, justo en el momento en que está a punto de empezar a llover pero aún no ha caído la primera gota".

Lo cierto es que se puede describir un color sin mencionar ningún nombre apropiado para ello, y eso es un problema para el argumento que hemos traído a colación al iniciar este texto, en tanto muestra que en realidad el número de palabras a través del cual se puede describir un color no se reduce a unas cuantas docenas, sino que es infinito, tan infinito, que supera incluso los miles de tonalidades que podemos distinguir. El problema con el argumento citado por José Luis Díaz es que sólo funciona si sostenemos la creencia de que a cada palabra le corresponde un significado claro y unívoco. Pero en realidad sabemos ya hace tiempo que cada palabra tiene múltiples significados o mejor dicho ninguno, toda vez que el sentido viene dado por el contexto de uso, por el lugar gramatical, por la inserción en la frase, por la posición en el discurso, e incluso por la condición específica de quién la pronuncia y lo que está percibiendo en una situación determinada (carácter deíctico del sentido [3]). Es por ello que la difícil y misteriosa relación entre *qualia* y lenguaje no puede ser ventilada tan fácilmente. Es posible que la experiencia del sujeto medie entre la percepción del color y su capacidad de distinguir tonalidades; es posible también que esa experiencia esté mediada socialmente (por la instrucción, la socialización o la imitación), y también es posible que esta mediación social transcurra en el interior de un sistema lingüístico concreto, es decir, en un entorno con varias formaciones discursivas en acción, las cuales estarán indudablemente ligadas a un entorno institucional u organizacional concreto dentro de cierto contexto social y cultural. No hace falta pensar algo tan radical como que cada nivel determina el siguiente (sea cual sea el orden), para que se pueda ver que en todo caso hay una relación y que esa relación es intrincada, por no decir inextricable.

El que una sola letra separe el *color* del *dolor* en esta lengua nuestra, nos viene muy bien para facilitar la transición de un argumento a otro, aunque también color y dolor comparten otras características menos anecdóticas, como la posibilidad de distinguir entre tonalidades de dolor y que este último sea por igual una experiencia perceptiva. Sea como sea, el que tengamos una sola palabra para describir el dolor, no significa que no tengamos múltiples experiencias del dolor ni que no podamos describirlas. Mucho menos aún limita la posibilidad de que utilicemos otras palabras para matizar nuestra propia experiencia de dolor, aunque pertenezcan a otra lengua (como *ersatz*) o a ninguna reconocida como tal.

El lenguaje se actualiza en el habla, se materializa en ella. No se tiene lenguaje si no que se practica éste, y practicándolo es como damos sentido a nuestras percepciones y a nuestras sensaciones, dicho de otra manera, esa práctica discurre entre nosotros y los datos del mundo. Si se me permite el excurso, siempre me ha parecido curiosa la frase de Wittgenstein (citada en este mismo debate por Roberto Sánchez Benítez) que de aquello que no podemos hablar más vale callarse. Y me parece curiosa porque, aunque como humanidad lo hemos intentado, aún no hemos encontrado nada de lo que no se pueda hablar; de hecho el silencio mismo, el secreto, la censura, la omisión y el olvido, son prácticas socialmente definidas de nuestro lenguaje. No sólo no hay cosas de las que no se puede hablar, sino que hay incluso cosas de las que hablamos demasiado, en exceso, que las hablamos tanto que incluso las 'confesamos', como la sexualidad [4]; por ello incluso hablamos del primer Wittgenstein y del segundo, y de cómo éste nos dio la clave para saber que aquello de lo que no se puede hablar es un juego del lenguaje [5], uno entre otros muchos de los que definen nuestras sociedades.

El ser humano ciertamente se dedica a hablar sin parar, y si alguna cosa lo separa de los primates superiores es justamente esa verborrea acerca de los grandes temas de los que no puede hablarse: la muerte, el amor, las pasiones, los sentimientos, la belleza y, claro está, por si alguien lo dudaba, el dolor. Justamente, porque se puede hablar del dolor, se puede compartir, se puede imaginar y se puede sentir el dolor del otro, aunque su juego del lenguaje predique su consustancial inaprehensibilidad, su imposibilidad de control y de gestión [6]. Del dolor no sólo se puede hablar, sino que se habla cada día, se *problematiza* y se *confiesa* constantemente.

María también puede participar del *juego del dolor* aunque su experiencia sea indirecta, como la emoción que puede sentir una persona ciega de nacimiento al oír la descripción de un amanecer anaranjado. En el caso de María incluso es más sencillo, dado que aunque no pueda sentir fisiológicamente el dolor de una aguja, puede sentir el dolor de una pérdida, puede sentir dolor moral y espiritual, puede sentir el dolor del aburrimiento, puede sentir el dolor de la tragedia, el dolor del enamoramiento, el dolor del castigo, y así una larga lista de dolores que no son dolores fisiológicos, aunque puedan tener ese correlato. Como señala el mismo José Luis Díaz en su escrito de respuesta ante la intervención de Bruno Estañol y Eduardo Césarman, la insensibilidad congénita al dolor de María que describe el autor no debería confundirse con la alexitimia, un mal que María no padece (ver Benjamín Dultzin y Emilio Rivaud en este mismo debate). Y aunque no sería raro que las personas con insensibilidad congénita padecieran de alexitimia, ello no debe llevarnos a confundir las dos cosas, puesto que la mayoría de alexitímicos, o las personas con cualquier trastorno disociativo, son perfectamente sensibles al dolor que conlleva darse

un golpe contra ese maldito cajón que alguien dejó abierto en el pasillo. Lo que no pueden es sentir el dolor del otro cuando se da el mismo golpe, pero este no es el caso de María, la cual no debe tener ningún impedimento en sufrir junto con su madre el día que ésta se golpea, por mucho que María no haya experimentado exactamente, en carne propia diríamos, qué es lo que siente su madre. Al igual que la mayoría de nosotros, que aunque no sabemos lo que duele un tumor, sabemos perfectamente que es tremendamente doloroso y sufrimos con nuestros enfermos por ello.

El dolor son muchas cosas. Tantas como usos diferentes tiene la palabra *dolor* y algunas más, puesto que, como en el caso del *color*, se puede hablar de algo doloroso sin usar tal palabra. Cuando el dolor aparece, cuando su práctica discursiva emerge, ahí está y ahí se expresa, el dolor no se sufre en silencio. El silencio absoluto no existe, ni estando uno solo se está callado, aunque ese sea su juego de lenguaje. Incluso el pensamiento individual del dolor individual es pensamiento en lenguaje, creado, compartido, interpretado y situado de manera colectiva aunque con el *juego* lo olvidemos. Quien no tiene lenguaje, como los gatos o los bebés, puede sufrir mucho dolor, pero jamás lo sufrirá de la misma manera que el ser dotado de lenguaje y lo que es peor aún, ello no trascenderá a menos que esté rodeado de gente con lenguaje para comprenderle y dar fe de ello.

En primer lugar, quien tiene lenguaje sufre más, puesto que todo lo que pueda ser construido como doloroso lo será. Así se añaden al dolor de estómago que provoca una comida en mal estado, el dolor de estómago que provoca el amor y el que provoca el asco y el que provocan los exámenes y... Al dolor de cabeza que provoca una inflamación de las meninges, se añade el dolor de cabeza que provoca una resaca de vino barato, el dolor de cabeza del cansancio por trabajar demasiado, y claro está, el dolor de cabeza de una relación amorosa mal llevada, el dolor de cabeza de unos estudios demasiado complicados y el que provocan los hijos que se portan mal... Al dolor de un pinchazo, de un corte, de una caída, se añade el dolor de la vergüenza, el dolor de la humillación, el dolor del sinsentido y...

En segundo lugar, quien tiene lenguaje sufrirá menos, puesto que todo lo que pueda ser doloroso también puede ser resistido. Podrá estar tan ocupado que se olvidará de su dolor, como cuando uno escribe y se le duerme la pierna y se le contrae la espalda, pero no puede parar de escribir y se olvida moverse. Podrá estar tan entretenido que se olvidará de su dolor de estómago porque la película requiere de toda su atención para poder atrapar al asesino en esa vertiginosa persecución por las calles de Los Ángeles. Podrá quitarle importancia a ese pinchazo, a ese corte, a esa caída, porque uno debe aguantarse como un hombre, o atender primero a los otros antes que a sí misma como una mujer, o simplemente porque deseaba tanto ponerse ese *piercing*, en contra de la opinión de sus padres,

que cualquier dolor es leve en comparación con el gozo que comporta ese primer gesto de independencia. Quien tiene lenguaje podrá ser hipnotizado gracias a su credulidad, podrá ser relajado gracias a su imaginación, y podrá pedir un analgésico gracias a su seguro social, pero sobre todo gracias a su fe en la medicina.

El lenguaje no es el dolor, aunque algunos dolores no puedan ser sin lenguaje y otros puedan cambiar de forma con el lenguaje. ¿Pero en qué punto los separamos? ¿Dónde está el dolor fisiológico puro en el ser humano? Por eso no podemos enfrentarnos al problema de María pensando en el dolor de su gato "Descartes" en el momento de serle pisada la cola, porque María no es un gato. Es un ser humano dotado de lenguaje y también de comunidad, donde una cosa no va sin la otra. No es sólo que María haya sobrevivido a pesar de no sentir el dolor gracias a toda la gente que la rodea; ha sobrevivido porque vive con gente, y sabe perfectamente que para vivir en sociedad hay que sentir dolor, y sabe en qué momentos debe sentirlo, y cómo debe sentirse con cada uno de los tipos de dolores existentes, Que lo sienta o no es lo menos importante desde el punto de vista social, ya sabe todo lo demás y de hecho sabe lo más importante. El juego del lenguaje del dolor dicta para éste que lo primordial es sentirlo, no poder comunicarlo con precisión, o sobrellevarlo estoicamente para que los otros sufran lo menos posible, o mal para que los otros puedan ofrecer su consuelo. María vive con gente que la protege, que le avisa si sangra. Ha aprendido "con el tiempo y gracias a la protección y guía de sus solícitos padres" lo que se debe saber si se siente dolor, aunque no lo sienta. Aprendió "la palabra dolor y el verbo doler" y las situaciones en las cuales los demás utilizaban estas palabras y lo que hacían como efecto de ellas: "aprendió a gesticular bastante bien y aun a tomar una que otra aspirina en público". "El desarrollo de una serie de conceptos y actitudes le había permitido sobrevivir", pero, a diferencia de lo que afirma el texto de María, este desarrollo no es artificial, sencillamente es social y eso no lo hace menos real ni para María ni para cualquiera. El dolor fisiológico es social (sentido e intensidad están ligados) pero también el dolor moral, el dolor espiritual, el dolor de los pensamientos negativos y el dolor "psíquico" son fisiológicos, pues sin esa base que nos ofrece nuestro cuerpo no se puede ni sentir ni hablar.

El problema no está entonces en encontrar el límite entre el 'verdadero' dolor y el lenguaje que lo comunica, o entre lo fisiológico y lo que no lo es, o entre lo lingüístico y lo que no lo es. Lo que hay que tener claro es que el lenguaje no representa la realidad [7]; para hacerlo tendríamos que poder acceder a ella con independencia del lenguaje, cosa que no ocurre. El dolor existe tanto por las relaciones sociales que establecemos para mantenerlo y reproducirlo [8], como por las relaciones fisiológicas en un cuerpo. No solamente el dolor no es una cuestión meramente individual, sino que en

realidad todo cuerpo biológico es también un cuerpo social. En eso el dolor no es especial, si no fuera porque duele tanto... al igual que cualquier función y cualquier órgano, no puede ser entendido independientemente de la práctica médica que le da forma. Una práctica que por supuesto es cultural, verdadera seguramente, pero claro que cultural. Nuestro cuerpo es un cuerpo social y no un mero hecho biológico, y de ahí sus posibilidades de cambio y de transgresión. El sentido está tan imbricado en nuestro cuerpo que toda práctica puede ser pensada como lo que es convencionalmente y su contrario. De ahí que el placer pueda ser doloroso (como cuando me harto de helado de chocolate o le soy infiel a mi pareja) y que el dolor pueda ser placentero (desde la fatiga del que consigue un objetivo marcado al borde de la extenuación, sea meta, montaña o tesis doctoral, al extremo de una práctica masoquista o autolesionadora).

Socialmente hemos establecido que el punto de vista legítimo para hablar del dolor hoy en día es solamente la medicina, no ya la religión y la filosofía, ni tampoco, y en absoluto, cualquiera de las aportaciones de las ciencias sociales. La preeminencia del discurso biológico, esencialista, hace que lo fisiológico del dolor sea considerando el aspecto primordial, mientras que las demás instancias sean vistas como factores externos que pueden afectar al dolor pero que de ningún modo le son constitutivas. La definición fisiológica da pie a la experimentación en laboratorio y fundamenta el tratamiento farmacológico, finalmente dicho tratamiento legitima el dolor del paciente, y así cerramos la cadena, porque siempre que haya un paciente requeriremos instituciones, disciplinas, expertos y gestores para darles respuesta.

Pareciera que todo se resuelve en el individuo, sin embargo pensemos, por ejemplo, en el dolor que deviene 'enfermedad'; es un acontecimiento social que afecta al 'enfermo' en sus relaciones sociales, donde los efectos del dolor trascienden la experiencia individual porque son un dato a gestionar: científica, económica o políticamente, y afectan a lo que la persona puede o no puede hacer, a lo que puede o no puede sentir legítimamente como dolor, y así estas prácticas se institucionalizan. El dolor es definido, pues, como problema, un problema social, desde luego, en el sentido epidemiológico, el cual reclama una estrategia de acción, cosa que lo convierte en un problema político, que de no gestionarse eficientemente se vuelve un problema económico, un gran y costoso problema en el caso del dolor crónico, por ejemplo [9], que aumenta considerablemente en nuestras sociedades y al que se le intenta dar una respuesta desde los saberes científicos. Pero la definición y práctica dominante de lo que constituye el dolor en nuestra sociedad no agota la diversidad de sus significados y los diferentes puntos de inflexión que pueden generarse. Así, aunque la definición fisiológica del dolor y la metáfora representacionista del lenguaje estén ampliamente difundidas en nuestro

mundo, al mismo tiempo coexisten diferentes prácticas que las cuestionan, por ejemplo, los experimentos de laboratorio, los casos clínicos, el efecto placebo y el dolor crónico entre otros, que han introducido una duda psicológica y emocional respecto de la percepción del dolor.

Vemos cómo existe una dimensión macro-social del dolor que se imbrica en, construye y refleja al mismo tiempo las prácticas micro-sociales de ese mismo dolor. El dolor tiene que ver con las estructuras sociales y, al mismo tiempo, estas estructuras sociales se sostienen y emergen de la infinidad de dinámicas interactivas que sostienen los pequeños grupos sociales que son nuestras familias, amigos, colegas, etcétera. María no puede ser considerada un ser aislado, por muy sola que quiera estar, por muy sola que viva de hecho. En su dimensión más radical, que es la que nos interesa aquí puesto que hablamos de la posibilidad misma de la vida, el concepto de aislamiento no puede ser aplicado al ser humano, en tanto que éste requiere de los otros. Así, por muy sola e incomprendida que se sienta María, tiene o ha tenido padres, hermanos, colegas, amigos y amigas. Un puñado más o menos grande de gente alrededor que le han ayudado a significar el dolor que no siente. De este modo el pensamiento de María es en parte el pensamiento de sus allegados, al que hay que sumar el pensamiento de sus congéneres virtuales, los que uno conoce a través del cine, la televisión y la literatura (tanto la de ficción como la científica). Cuando María piensa en realidad es un barullo de gente la que está pensando con ella, algo que se desprende de la idea de *intertextualidad* que Bajtín [10] nos aportó. La pregunta es si cuando María siente, también son los otros los que están sintiendo con ella y por ella. Una respuesta positiva no es fácil porque va en contra del sentido común que apela a la inviolabilidad de nuestras sensaciones, pero se adecua bastante al rostro de los niños que se acaban de caer e interrogan a sus padres con la mirada para saber si se han hecho o no mucho daño. ¿Y, si hay una *intertextualidad*, sería demasiado descabellado pensar en la existencia de una *interemocionalidad*, e incluso de una *interdolorosidad*? De alguna manera, también sondeamos los rostros ajenos a la búsqueda de sentido. Tanto en el placer del amor como en el dolor del amor, la incógnita de todo adolescente que se precie tiene que ver con la normalidad o anormalidad de sus sensaciones. Nos gusta regularnos a fin de poder mostrarnos ante nosotros mismos como los otros se presentan a nosotros. Por eso María pudo aprender a fingir la sensación del dolor, y por eso María puede pensar, hablar y sentir. Cuando se imita la expresión del otro ante un sentimiento, emoción o dolor, se reorganizan las propias percepciones internas con el fin de hacerlas coherentes con el sentido de dicha práctica. Por eso el dolor de cualquiera no puede pensarse sin pensar en el dolor de las personas que le rodean. Claro que en el caso de María, ella debió aprender a lidiar con las inconsistencias producto de su discapacidad, pero ello no importó para que el sentido del

dolor que buscó y encontró fuese el sentido del dolor que compartía con su comunidad más inmediata.

Justamente con relación a lo colectivo del sentir, hay que pensar en las razones por las cuales María vive su insensibilidad al dolor como un problema, más allá del reto que supone para su propia supervivencia. El texto de Anabella Barragán nos da algunas pistas respecto a tres elementos posibles de explicación: su género, su gestión de impresiones o lenguaje corporal y su humanidad. Ciertamente no basta con el problema fisiológico para que uno le dedique toda su vida hasta el punto de tener que llegar a merecer nada menos que un Premio Nóbel. Ningún galardonado con el Nóbel puede llegar a serlo sin una cierta capacidad de obsesión, algo a lo que también se puede llamar pasión si no le gustan a uno las connotaciones patologizantes. El problema de María es ante todo un problema social, un problema de sentidos. ¿Se puede ser mujer sin sentir dolor? ¿Puede uno tener amigos sin sentir dolor? ¿Se puede ser humano, en definitiva? María no puede asumir con normalidad su feminidad, su amistad ni su humanidad si tiene que vivirlas sin pasar por el sentir, por el cuidado del otro, lo que implica que cada una de ellas, la feminidad, la amistad y la humanidad, como todo lo demás, emergen con relación, en social. La principal dificultad, y el principal conflicto, podría estar entonces en la dificultad de entender el lado afectivo de los roles que debe ocupar en su quehacer diario.

Pero recordemos que María *sólo* sufre de insensibilidad al dolor; María no es alexitímica, así que nada le impide asumir su rol de hija, madre y esposa si es lo que desea. Nada le impide cuidar de sus amigos y mostrar ante ellos sus mejores dotes de empatía; y más aún si, como afirma el autor, está capacitada para fingir dolor con el fin de evitar ser considerada una especie de monstruo insensible. También las mujeres fingen orgasmos por razones similares; los hombres lloran cuando sus esposas los amenazan con largarse y dejarlos solos con su montón de ropa sucia; las suegras ayudan a sus nueras a preparar la cena de Navidad, y los médicos simulan preocuparse por sus pacientes cuando todos sabemos que lo que les gusta en realidad es resolver sus casos cuál detectives del cuerpo humano. El fingir no es precisamente algo que no hagamos nunca y que dejamos en manos de los mentirosos de siempre, aquellos que están enfermos de maldad de la mala. En eso María no se diferencia de muchos de nosotros. Finalmente, si tampoco nada le impide sentir placer, si tiene el sentido del tacto de una pieza, si nada le impide asumir su corporalidad e identificarse como humana a partir de este cuerpo compartido que es el cuerpo de uno, pero también el cuerpo de todos, entonces, ¿por qué razón sufre María?

El mal de María es un mal social. María sufre porque no es como los otros, porque no puede contar su secreto sin que la miren mal, sin que sienta que los otros piensan que tiene una tara rara de la que más vale

desconfiar antes de que se coma a nuestros hijos. El mal de María es un mal común entre negros, judíos, gitanos y discapacitados. María sufre de discriminación. María se siente mal en su piel, incómoda ante los otros, los normales, los que lloran cuando les pisan en el Metro, los que gritan cuando les arrancan una muela, los que se enfadan cuando les dan una patada en la espinilla, pero sólo porque el *juego del dolor* cuestiona la humanidad de quien no lo siente.

A la vista de todo esto, si María se siente mal, si María sufre por su condición, entonces ciertamente a María algo le duele. Puede que María no debería haber esperado a la muerte de su gato para sentir dolor. A lo mejor una pequeña introspección le hubiera bastado. ¿Quién sabe? Tampoco es la intención de este artículo criticar a nadie por no darse cuenta de algo; de ser así, algunos le ganábamos sobradamente a María la partida de ingenuos e inconscientes. Lo que está claro es que María es sensible y podemos apostarnos algo a que María es una persona tan sensible que es perfectamente capaz de sentir dolor, aunque no sea el del pinchazo de una aguja mientras uno cose. María siente dolor, y toda su vida se desenvuelve en un dolor profundo, el dolor de no poder sentir lo que los otros sienten. De no poder sentir algo que sabe de sobra que es básico, de no poder sentir lo que sienten sus seres queridos, entre ellos su gato. Justamente lo que hace a María dedicar su vida al estudio del dolor es ese dolor inmenso que siente por no sentir dolor. Le hace tanto daño que toda su vida gira sin parar alrededor de ese oscuro objeto del deseo, la sensación del pinchazo de la aguja.

Esta conclusión nos lleva a considerar como inverosímil el final del cuento verdadero de María (lo verdadero jamás le ha quitado en nada su carácter de ficción, por supuesto). En modo alguno la sensación que le provoca la muerte de su amado gato "Descartes" puede proporcionarle la sensación de dolor que acompaña al pinchazo de la aguja, de la patada en la espinilla o del retortijón en el intestino. Ambas sensaciones son inconfundibles y el hecho de describirlas con una sola palabra, *dolor*, no las hace indiferenciables. Los innovadores o creadores del lenguaje, como los poetas por ejemplo, no pueden decir cualquier cosa, dicen lo que tiene sentido, porque las relaciones que crean son aquellas que significan, tienen que estar enlazadas con el contexto; y aunque aportan una nueva perspectiva, ella no está fuera del significado socialmente otorgado y por tanto del sentido, porque de no serlo resultaría incomprensible. El sentido es arbitrario, sí, pero colectivo, socialmente consensuado; por ello los pinchazos no producen tristeza *per se*, a menos que el pinchazo signifique que uno es tan inútil que no sirve ni para coser un botón. La muerte del gato querido no puede doler brevemente como un pinchazo, porque entonces no estaríamos hablando del gato querido, sino de cualquier gato; tiene que provocar tal tristeza que todo el mundo, incluido uno mismo, no tenga

lugar a dudas de que se trata de una gran pérdida. Nadie diría que la muerte de su gato le dolió tan aguda y brevemente como una aguja. El dolor tiene un carácter complejo y fluido, irreducible a sus correlatos fisiológicos. Su naturaleza no es esencial sino contingente al sentido, a las situaciones, a los grupos y a las instituciones. El dolor es muchas cosas, tantas cosas como las que podemos decir sobre él, que se ve son muchas a la luz de este debate.

Así que diremos una sola cosa más, por el placer de decirla y de seguir hablando: el dolor humaniza, humaniza porque hace patente lo frágiles que somos y hoy por hoy vivimos en un mundo que se dedica a salvaguardar la fragilidad humana [11], incluso provocando dolor a otros, como en el caso de la guerra; destruimos la fragilidad de los otros antes de que ellos destruyan la nuestra. El mundo que huye del dolor es justamente el que lo construye y el que dibuja todos sus límites. El dolor de María es el dolor del excluido de un mundo que no sabe ser sin sufrir: del nuestro.

NOTAS

1 Orne, M. (1962). "Sobre la psicología social del experimento psicológico, con referencia particular a las demandas características y sus implicaciones". En J. Jung (comp.). *El dilema del experimentador*. México D.F.: Trillas, 1979.
2 Rosenberg, 1965, citado en Jung, J. (Ed.) (1971). *El dilema del experimentador*. México: Trillas. 1979.
3 Garay, A.; Iñiguez, L.; Martínez, L. M. (2005). "La perspectiva discursiva en psicología social". *Subjetividad y procesos cognitivos*. (7):105-130.
4 Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
5 Wittgenstein, L. (1958). *Investigaciones filosóficas*. México: Instituto de Investigaciones Filosóficas. Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.
6 Gil, A. (1999). *Aproximación a una teoría de la afectividad*. Tesis doctoral. Departament de Psicologia de la salut i Psicologia social. Universitat Autònoma de Barcelona.
7 Ibáñez, T. (2001). *Municiones para disidentes. Realidad-verdad-política*. Barcelona: Gedisa.
8 Gil, A. y Layunta, B. (1998). *El lenguaje del dolor*. II Congreso Iberoamericano de Psicología. Madrid, 13-17 julio.
9 Gil, A.; Layunta, B. e Iñiguez, L. (2005). "Dolor crónico y construccionismo". *Boletín de Psicología*. (84): 23-39
10 "... la palabra (el texto) es un cruce de palabras (de textos) en que se lee al menos otra palabra (texto). En Bajtín, además, esos dos ejes, que denomina respectivamente diálogo y ambivalencia, no aparecen claramente diferenciados. Pero esta falta de rigor es más bien un descubrimiento que es Bajtín el primero en introducir en la teoría literaria: todo texto se construye como mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto. En lugar de la noción de intersubjetividad se instala la de intertextualidad" (Julia Kristeva: *Semiótica* 1, Madrid, 1981, 2a ed. p. 190).
11 Layunta, B. (2005). *Deconstruyendo el dolor. Un relato sobre y desde la fragilidad.* Trabajo de Investigación. Departament de Psicología social, Universitat Autònoma de Barcelona.